

Juan Donoso

Miguelucho

(Cuento dramático)



ON las bridas colgadas sobre el arzón de la silla de montar, la cabalgadura avanzaba, paso a paso, tascando los arbustos y pastos que apretaban el camino.

El cielo estaba limpio, y la luna llena mantenía el verdor de la vegetación. Los radales con sus hojas redondas, los cañaverales de las quilas, la maraña de los zarzales y las rosas silvestres se perfilaban claramente, como a la luz del día.

Miguel, abandonando las bridas, dejaba que el animal anduviera a su antojo; dos o tres palmadas en el cuello le hacían dar dos o tres trancos más.

El, como nadie, conocía el buen oído de los campesinos que saben cuando las bestias van con o sin jinete y cuando les gusta atisbar a los caminantes.

Añoraba. Iba frotando la gastada medalla del tiempo que se caldeaba entre sus dedos y brillaba como un fuego. Su infancia, su juventud, se iba levantando lenta y macizamente.

Todo era nuevo en él, que nunca había estado así y que no se sorprendía de estarlo, ya que se ignoraba.

En más de una ocasión, cuando como una sombra enredada en la sombra, ovillado sobre su caballo, rompía con el filo del galope, el silencio macizo de la noche, muda de tempestades; sólo entonces se sentía acosado por un aguijón de remordimiento. En esa forma y ritualmente, cruzaba el camino de su tierra la noche de San Juan, de tan largas reminiscencias para él.

¡Y pensar que hacía veinte años a que su planta no se posaba tranquila sobre la tierra de sus padres y de sus abuelos: su tierra legendaria! Tenía cuarenta años; era un hombre maduro y entristecido, de una tristeza llena de risas. Sus cabellos, lisos y negros, encanecían vacilantes; en él quedaba mucha juventud aun; sentía sus miembros ágiles y fuertes; su carne tersa y de un moreno brillante, se estremecía de lujuria; sus grandes pupilas oscuras se cuajaban de añoranzas y brillaban como las de una güiña; en su boca sonreía una primavera de pasiones, una boca de labios finos, de dientes menudos y brillantes, donde se batía una sombra seductora.

Por un tiempo, en su alma de campesino, la tierra lo había ocupado todo indirectamente, y la fuerza imperiosa del sexo, no habían hecho de él más que un macho castizo y afortunado

Con sus portañuelas dilatadas parecía husmear la esencia de las muchachas, que con sus vestidos charros y sus cuerpos rozagantes y vastos se hacían tentadoras.

Matilde descollaba entre ellas por su arrogancia opulenta. Cantaba; ponía la guitarra sobre sus rodillas regordetas y sus manos iban traduciendo, en el picoteo rítmico de las cuerdas, su alma florecida de pasiones. Cuando andaba sus caderas se mecían en una cadencia tentadora; en nadie como en ella el zueco cantaba tan claro, el golpetear del zueco y el talón eran como besos furtivos que iban pegándose a la tierra.

Se habían conocido desde niños; nadie habría precisado cuándo y dónde; ellos menos que nadie; la vida tiene sus ángulos de misterio y ellos no lo sospechaban.

Miguel le guardaba la admiración; se quedaba mirándola sin atinar a saber su recogimiento inquietante. Instintivamente buscaba el contacto de su silueta amplia, con los senos apenas retenidos en la ropa, aplastados, desechos por el corpiño, las caderas esponjadas y ese olor penetrante a hembra que siempre le había emborrachado. El jamás la requirió con liviandades. ¡Nunca! Y no era falta de machombria; allí estaba la Chela, la Dora, la Carmen y muchas otras que habían sido suyas, como es dado decirlo cuando la mujer es demasiado hembra.

Sus aventuras le daban un poquillo de jactancia; creía que todas las mujeres eran fáciles y, todas iguales, bajo los ramajes cargados de perfumes y aspavientos de pájaros, que para él tenían una predilección morbosa.

• • •

¿Qué sería de ella?... Veinte años ha que no la veía más que en sueños, y, ¡era algo!

Hoy, como entonces y siempre, no alcanzaba a comprender cómo y por qué fué todo aquello que sucedió; claro está que no sería más que su destino, su planeta fatal, que no había hecho de él más que una pobre bestia, feroz de hambre y ávida de vida, de vida libre.

... Era la víspera del Carmen, lo recordaba bien; la casa de don Joseíto estaba llena de invitados; su mujer, doña Carmen, quería espantar la soledad de ambos y había reunido más gente que nunca y que malamente se aposentaba, en las cuadras, en la cocina, en los corredores, en la casa entera. Todos bebían y reían con alegría; las guitarras estremecían sus cuerdas en tonadas tristonas.

Allí, entre todas estaba Matilde; él la miraba ir y venir; se sentía feliz cuando la tenía a su lado; esa noche le diría su amor ¡todo su amor! eso que él sentía dentro de sí; una fuerza primitiva y salvaje, como una explosión incontenible de deseos.

Miguel estaba cargado con todas sus galas; llevaba sombrero plomo de amplias alas, pañuelo granate al cuello, que más bien parecía un borbotón de sangre coagulada; chaqueta corta y ajustada, que mostraba la

faja tricolor que le ceñía la cintura; el chamanto era un campo regado de flores fantásticas y lujuriosas; los dedos anillados de cobre y acero se veían menos agrios; se sentía fuerte y deslumbrante; si bailaba lo hacía con todo el requiebro de su raza desafiante y mordaz; sabía su triunfo y se gozaba de él. Bebía; cada copa le dejaba la garganta seca, y bebía más y más, ese líquido que le calcinaba los huesos y el espíritu.

Como siempre, la discordia desbordó de las copas, él no sabía nada, no recordaba nada, ni desafíos ni palabrazos; pero aun le parecía verse luchando con Francisco, con esa furia diabólica de la bestia, de acabar con el enemigo, de devorarlo. Sentía los ojos heridos por la rúbrica que describió en el aire, el puñal que arrebató al muchacho, para clavárselo en el pecho una y dos veces, en un golpe sordo; sintió bajo sus piernas cómo los músculos y miembros de Pancho se contraían, para luego distenderse y quedar inertes.

Había transcurrido un instante, y en ese instante él había muerto a un hombre, no porque hubiera querido matarle; su destino así lo había querido, y el destino del otro también. Entre ellos estaba Matilde y eso era todo.

Los años y los días no hicieron más que acercarlos, hacerles estrellar y reventar el cuerpo que encierra la vida... ¡Vaya un destino!

Sentía como llegados de otro mundo, los gritos, los alaridos, las injurias; el pavor que los hacía huir a

todos, hasta a él mismo que corrió a ocultarse en el campo en medio de la noche retinta y huracanada.

El alba tardaría mucho en llegar; él sentía miedo; pronunciaba palabras incoherentes; sus pensamientos se arrastraban como reptiles y, a la sola idea de huir temblaba y lloraba; las lágrimas rodaban hasta sus manos entumecidas que se anudaban pertinazmente a las rodillas como para sostener todo su ser que se iba derrumbando, silenciosamente.

La embriaguez se le iba disipando poco a poco, apretaba los puños con fuerza, como para retener todo el valor que se le escapaba.

... Consideraba su situación; era un asesino; la justicia le perseguiría hasta donde pudiera, le atraparía, le sepultaría en la cárcel; allí se consumiría su vida lentamente, o bien, con romperle el corazón con unos cuantos disparos, no harían más que aumentar las listas de «condenado a muerte». La justicia es ciega; pero él no esperaría que viniera a mirarle con sus ojos miopes; huiría montaña adentro, a la cordillera misma, donde nadie, ¡nadie! pudiera gritarle: ¡Tente, soy la justicia!

El hilo de su destino, pasivo y sedentario, se había roto como la cuerda de un instrumento; su chirrido se levantaba aterrador y le traspasaba los oídos; derrumbadas a sus pies estaban todas sus esperanzas; su familia y la tierra, que le echaban al corazón raíces profundas, ¡también se derrumbaban!

• • •

El espinazo grotesco de la cordillera, empezaba a levantarse desde la sombra; venía el nuevo día, la hondonada se iba llenando de una débil luminosidad gris, los árboles se revelaban lentamente, soñolientos y reñidos por el agua de la llovizna. Tenía que huir y huyó espantado; en un principio, los miembros fatigados y entumecidos, se negaban a obedecerle; así como pudo, llegó a la orilla del río y se ocultó en la crencha apretada de los zarzales; allí aguardó la noche, reteniendo hasta la respiración, con el oído puesto a todos los ruidos.

Fué un día largo; el día más largo de su vida. Desde allí veía el espinazo luminoso del río, sobre el que revoleteaban los patos silvestres y los triles chillones. Veía el cielo despejado, azul y el interminable vagar de la tierra húmeda.

En torno a su escondite merodeaban las cabras, que mordizqueaban los zarzales y las quilas; escuchaba el grito acompasado de los pastores, que se enredaba al tintinear de los cencerros y el golpe cansado de las hachas, que se cortaba con el alarido estruendoso de los árboles, que se tumban en tierra estremeciéndola con sus cuerpos macizos.

Así pasó el día, lento y fatigoso, como el arrastrarse del río y el rosario de tumbos de las carretas.

• • •

El nuevo día lo encontró lejos, ¡muy lejos!; veía su tierra allá en el fondo, cubierta de un humillo azul, como un ojo enfermo.

Con la noche había abandonado su escondite, y a salto de mata, había seguido orillando el río, como una alimaña llena de artimañas.

Las lluvias habían aumentado el caudal del río, que había roto los puentes y deshecho los vados; en tanto no estuviera al lado opuesto no se consideraría seguro; la policía y hasta la familia de la víctima podían salir en busca suya.

Pero aun estarían desorientados, no sabrían qué hacer y más de una noticia falsa, vendría a favorecerle en forma indirecta; en eso los montañeses no son mezquinos y hasta creía oírlos: «Este chicuelo no es na muy quedao, se ha eido pa Santiago; allá no hay pa cuando pillarlo; pasará por hombre güeno, honrao, pero su conciencia lo estará ruñendo siempre».

... A ratos se sorprendía mirándose las manos y el cuerpo íntegro le asaltaba un temor extraño; temor de convertirse en un animal cualquiera, un coipo, un huillin, un animalito raro que se pierde en las matas o en el agua, con una rapidez sorprendente que nos sobresalta. Pero él no podía separarse del río por más que lo quisiera; el camino real corría distante y en ninguna parte encontraría el refugio permanente que el río le

ofrecía en su plantío apretado; se echaba a llorar como un niño, pero luego reaccionaba, apretaba las mandíbulas hasta hacer crujir los dientes, y escupía una retáila de injurias.

No quería sentir miedo, no podía sentirlo; era un hombronazo lleno de valor que siempre se había impuesto triunfo en todas las riñas, había que temer sus puños, su agilidad y sus argucias eran dotes familiares por los que él no hacía más que conservar el lustre.

... Era más de la medianoche cuando llegó al vado de Atacalco; la sombra le vendaba los ojos con su paño espeso y fresco; allí cruzaba una balsa, él mismo había pasado en ella cuando con sus hermanos iban después de las cosechas en busca de avellanas, un poco más arriba de San Vicente, donde la montaña empieza a levantar su monumento verde. Estuvo largo rato espiando, para convencerse de que nadie velaba en la cabaña del balsero; no se veía ni sentía nada; una pestaña de luz habría resaltado a la distancia.

Con toda calma se cogió del cable, fuerte y retorcido; lo recorrió con sus manos en una caricia salvaje y a impulso de sus piernas se vió suspendido sobre la corriente; las aguas bramaban y exhalaban un aliento gélido que le calaba hasta los huesos; sus pies se sopeataban en el agua, luego las pantorrillas, los muslos, la cintura, ¡qué ancho le parecía el río!, la corriente lo tiraba, lo hundía, se azotaba en su pecho, se vaciaba y quebraba sobre sus hombros; las manos le ardían, tal vez sangrarían.

Una idea, una sola idea lo cogía y apretaba; era la muerte, que la sentía en todo su cuerpo; en su corazón que parecía estrellarse y partirse dentro del pecho. Cuando ganó la orillá, permaneció largo rato tendido como un muerto; estaba salvo, nadie podría dar noticias suyas: por hoy la tierra se lo había tragado íntegro.

Dos días después estaba en plena cordillera, extenuado por las peripecias del viaje, en que habían tenido que ir de un lado a otro, sacándole quite a los barrancones, en largos rodeos, que no hacían más que alargar el camino en una forma interminable. Así cayó en el cajón cordillerano de «Los peucos», una vega profunda y extensa, guarecida de los vientos y hasta de la nieve y de la lluvia; los robles, los alerces, las araucarias crecen maravillosamente imponentes como la cordillera misma; el cajón de «Los peucos», en plena cordillera, es como un oasis en el desierto; es un refugio en las tormentas otoñales, para las últimas recuas de mulas que vuelven de la Argentina, con sus cargas de quesos.

Esta era su nueva tierra; un imperio de conquistas que él no pensaba conquistar. A pesar de lo forzado de su fuga se sentía feliz; sentía crecer la libertad en torno de sí, como si ésta fuera algo más de la quimera que ha creado el hombre.

Libre, sin Dios ni ley, con una libertad de hombre primitivo, hubiera querido gritar y que su grito llenara el silencio de todos los montes. Se sentía fuerte, como

las araucarias y los alerces, clavados en la tierra y en el cielo que se iba llezando de sombras y de estrellas, estrellas blanquísimas, como salpicaduras de nieve.

Nieve había en todas partes; en las huellas, en las pendientes, en los árboles, de trecho en trecho, aparecían los filos renegridos de los peñascos, como una red de venas henchidas; la soledad y el silencio estaban en todas partes, apertrechadas, adheridas con raíces milenarias.

Entre los matorrales crecía un humillo azul que el viento escarmenaba con sus dedos de hielo; Miguel se dirigió hasta él, arrastrándose por el repecho, temeroso de perderlo de vista; una noche a la intemperie y en plena cordillera, le sería fatal.

* * *

—Pasa, niño, no hey de ser yo quien te niegue un peazo e pan, pero mejor hubiera sío... que hubierai seguío tu camino.

—Hace tres días, iñora, a que no conozco escanso niuno; no hey comío ni sé lo qu'es dormir tranquilo. Estoy hambriao y cansao como perro. ¡Ya no pueo más!

La vieja lo miró sorprendida; el muchacho no le inspiraba desconfianza; «es güen hombre» se decía, y pugnaba por adivinar la angustia del pobre. No veía nada fuera de su rostro, moreno y fino.

—Yo bien poco y núa mando aquí... pero ellos han de llegar luego.

—¿Quienes?

—Ellos; ni yo mesma lo sé... él... es Aedo.

—¿Aedo?

—El mismo; Juan de Dios Aedo ¿lo habís oído mentar? Los ojos de la vieja, redondos y rojizos, se clavaron en el muchacho, que fruncía las cejas y se mordía el labio inferior. Ella muy bien conocía a los hombres y se vanagloriaba de ello; por algo desde joven se sintió atraída a seguir a cualquiera, a correr aventuras; hoy no podía ser otra cosa que la «mama» de unos cuantos bandoleros. Sus labios, violáceos y tumefactos, aun se contraían con gracia, y dejaban al descubierto, una fuerte dentadura teñida por el tabaco; su cuerpo había perdido toda gracia y sus carnes se vaciaban de un lado a otro, sueltas y abundantes.

—¡Aedo! ¡nu hay quien no lo conozca!... ¡Es tan criminalazo! Miguel hablaba sin saber lo que decía; las palabras salían por su cuenta, quemantes, hasta contraerle los labios.

La vieja reía interiormente y se decía: ¡Poure güeñi! casi lo hey matao e puro susto. Después de un rato de silencio, que transcurrió en sus quehaceres, le dijo: «Pero es güen hombre Aedo, generoso, amable... y hasta bien haulao».

Miguel tenía los ojos fijos en el fuego, que la vieja había arrinconado en un extremo revolviendo la ceniza de un lado a otro, para temperar el rescoldo que abría

su fauce rojiza, y echar la tortilla sin peligro de que se arrebate. Volviéndose al muchacho le preguntó: ¿querís un trago?

—¡Güeno, iñora!

La mujer cogió del suelo un cuero lleno de vino y poniéndolo sobre sus rodillas lo desató calmosamente, vaciando todo su contenido en un cántaro de madera. Alargó al muchacho un tiesto colmado y respetable. En ese momento se sintió un tropel, lento y compacto, que se detuvo a la distancia, y se prolongó en un silbido estridente, como el de un pájaro agorero.

—Abre la puerta, niño; ese es el «santo y seña».

El muchacho abrió la puerta de un estrellón y siguió sentado donde estaba; los hombres fueron entrando uno a uno, y unas tras otras iban cayendo sus miradas sobre el muchacho, agresivas y estrelleras, el último en hacerlo fué Aedo.

—¿Qui'hubo, iñora?

—Náa e nuevo, pues. La vieja apelotonada junto al fuego les reía con su boca ancha y obscura; unos mechones grises de pelo le caían por debajo del pañuelo que le ceñía la cabeza, una cabeza obscura, como esas bolas de madera con que se juega a la chueca, y, donde se apretaba una multitud de historias muertas.

—Y' este, gruñó el hombre con desprecio, poco menos que señalándolo con un puntapié; el muchacho se incorporó con encogimiento, cabizbajo, acongojado,

el sombrero se revolvió entre sus manos, que aparecían bajo la manta, un poco extraviadas.

—Es forastero . . . me pidió alojamiento . . . y yo le dije . . . que teníais que llegar gos, pues, hijo.

—¿De aónde sois?

—E' Santa Juana.

—¿Cómo te llamáis?

—Miguel Anabalón.

—El sombrero del hombre caído sobre un ojo, le dejaba el otro descubierto y recogido en una pata de gallo; pensaba, quería desenterrar un nombre, tal vez lejano; sus labios lo deletrearon en silencio; una vez seguro, volviéndose al muchacho. le dijo: ¿Sos pariente de Literio Anabalón?

—¡Soy hijo!

—¿El menor?

—¡Sí; el menor!

Aedo se sentó como todos silencioso, y cabisbajo; la vieja servía la merienda, y sus trajines era el único ruido que se escuchaba.

—¡Ya está la comía!

—¡Güeno, pero antes un trago!

La mujer fué sirviéndoles de uno en uno, todos tardaban un instante matemático y breve, se empinaban el tiesto que les tragaba hasta los ojos; al llegar al muchacho le dijo: ¡A gos ya te selví!

—Sirvele no más, es hombre y joven; tiene más derecho que niuno y ha e' ser güeno p'al trago, como el paire.

—¡No ñor, se resabió el viejo!

—[Bah; bien le icía yo: el q'es toro joven, acaba güey viejo y malo!

La mirada de ambos se cruzó fraternal.

—¿Nunca le oyisteis a tu paire, que habíamos sío amigos?

—¡No!, no lo ricuerdo.

—¡Claro!; él es hombre honrao, ha tenido la suerte e serlo y no debe e acordarse e los bandidos. Nos conocimos cuando güainas y juimos reamigos, teníamos un mesmo gusto pal trago y las mujeres; en lo gastaores eramos iden. Hasta en l'hora mi acuerdo cuando pal tiempo e las jrutillas no salíamos di aonde ña Rafaela; par'entonces too el cerco pal sur del camino era d'ellos, hasta el mesmo río. Tenía ventas de vino, pa los días de fiesta venía gente e toas partes. Espués vinieron unas tragnerias y too se acabó!

Comían; pero cada uno estaba pendiente de la boca de Aedo; temerosos de ver salir de un momento a otro, un girón de sus propias vidas y sellarla de un bofetón...

—¿Y gos par'onde vas?

—Oiga, créamelo..., en saliendo de aquí... no sé pa onde voy a girar.

—¿Vai di arrancao?

—Sí; algo d'eso... goy di arrancao y no sé si estoy seguro.

—¿Y qué habís hecho?

—Maté un hombre... lo maté por celo... porque

queríamos a una misma mujer. ¡Y agora ni' uno se queó cou ella!

Una risa infernal salió de la boca del hombre, hinchando el silencio de la rancho casi hasta reventarla; el muchacho exasperado, se paró de un salto y ya algo bebido; le gritó con impaciencia: ¡No se ría, no hay náa de que reírse! Ahí tiene usté, me fatalicé por ella... y la perdí, la perdimos pa siempre. ¡No podía quearme pa recibir una lluvia e palos y' un carcelazo e quizás cuanto tiempo. Antes prefiero gol verme bandío y vengarme e toos; porque al fin y al cabo toos me han hecho daño!

Los hombres le miraban con asombro; sus pupilas enconadas intencionalmente, se iluminaban con una llama de afecto. Este muchacho era como ellos, un bandido de venganza y de rencores, y, que quizá dónde y cuándo se daría por satisfecho.

—¡Este hombre vale por cientos!

—¡Verdaíta!... ¡Verdaíta!, repitieron los hombres uno a uno.

—¡Agora dirán ustedes!, exclamó el muchacho.

Los cabellos lisos de Miguel caían revueltos sobre la frente deprimida, las pupilas negras y brillantes, estaban llenas de odio; la nariz fina recogía sus portañuelas recortadas, como las de un potro salvaje y fatigado.

Aedo se puso de pie; era alto y macizo; su corpulencia huesosa, marcaba ángulos bajo la manta de castilla. Empezó a hablar con ferocidad; el firme voza-

rrón lo blandía como golpes de masa; pero en el había una amargura enternecedora; las palabras se le cortaban en algo que podían ser sollozos demasiado profundos; con las manos alcanzaba el techo, como si quisiera arrancarlo con violencia y que sus gritos sacudieran todos los montes del silencio.

—¡Hacia falta un hombre así entre nosotros, un hombre joven, arrojado, valiente a toa prueba, gustoso de ser libre, de güena cara, cara de hombre güeno y alma de bandío!... ¡Ya que así lo quisieron! ¡Alma de Aedo! Pero no se te dé náa, huachito, Aedo era güen hombre y lo hicieron malo. La justicia, la policía, tiene toítita la culpa! ¡Tanta bulla porque uno mata un perro! ¡Ellos irán a darle la vía por acaso! ¡Quieren hacerse hombres a la juerza! ¡No saben que los hombres nacen! ¡Te parecís a mí! ¡Mi trageria jué así también... Te quearís con nosotros; serís un bandío igual a toos ¿lo oyiste?

—¡Sí, igualito a toos!

—¿Y cómo te arrancaste?

—En cuanto lo maté, me arranqué; estuve too el día escondío; por la noche salía orillando el río; al venir el día me gorvía a esconde y otra vez igual; anoche llegué a Atacalco y pase el río a puro pulso, y así llegué aquí di'arrancao.

Aedo se arrancó el sombrero y lo tiró a un rincón; sus facciones finas se habían serenado; los cabellos revueltos y rizados le caían sobre la frente amplia y marcada por la franja que le guarecía el sombrero y la

careta obscura que le había teñido el sol; los ojos de un azul profundo tenían una dulzura extrema, que asentaba con el resto de las facciones.

Cogió una guitarra, y sus manos fornidas bailotearon sobre las cuerdas con una agilidad portentosa; nadie podría haber descubierto en él, al bandido de la leyenda, el que degüella los niños y les bebe la sangre, el que vacía los vientres de las mujeres embarazadas. Pero sobre todo se levantaba una mole de duda. ¿Dónde y cuándo aparece un cadáver mutilado en esa forma? ¡En ninguna parte!

Si ellos matan, lo hacen de una puñalada o un disparo, pero es un odio, una venganza añeja, que ha crecido en su pecho y que no han podido llevar más dentro de sí.

La mujer es su única obsesión; la buscan, la requieren con palabras simples por eso los hombres les guardan rencor y, como a un espantapájaros los cubren de injurias, sin saber que el amor los sigue queriendo todavía.

* * *

Desde entonces nadie lo vió a la luz del día: su fama empezó a correr por la montaña, como una sombra negra y fantástica, fama de astuto y desalmado. Muchos sabían su verdadera historia; pero tanto llegaron a falsearla, al extremo de no saber, si en verdad ese bandido era Miguelucho.

A veces consideraba medianamente el cambio radical de su vida; se desconocía; la aflicción le mordía las entrañas, y sentía algo, como una serpiente que se le arrollaba al cuello hasta impedirle respirar.

Era el odio, contra todos y todo; odio de vivir y amar; un odio negro y amargo como una guía de natri.

... Andanzas y malandanzas; siempre el acecho, como una fiera de incógnito, guarecido en la sombra, perseguido por todos; pero bravo y huraño como los pumas.

Así era su vida, unos cuantos disparos que se pierden en el socavón de la noche; un carnaval de muerte y espanto; la fuga... y luego... ¡nada!... La noche no quiere nada fuera de su silencio y su sombra.

En veces sentía llegar en puntillas a ese Miguel, que la ley había puesto en fuga; sentía que la angustia le devoraba... y lloraba, lloraba amargamente.

Rogaba al Dios de su infancia; recordaba muchas cosas insignificantes y quería volver a sentir en él, la fuerza del amor; pero no podía amar. ¿Un maleficio? ¡Todo puede ser!

Si lloraba lo hacía como las bestias en sus guaridas, a ocultas. Sufría crisis de horror; su oído se alarga a los sonidos dispersos que nacen del silencio y, sólo parecía escuchar, los ayes desgarradores y las maldiciones que él arrancaba por doquier.

Sus crímenes, sus violaciones, arrojaban densas sombras, sobre las noches que pasara bajo las naves de los montes, junto a los arroyos regados de estrellas.

* * *

Así, con las bridas colgadas sobre el arzón de la silla de montar, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como un muñeco de trapo, seguía el serpenteo blanco del camino. que se enroscaba bajo el ramaje de los árboles.

El silencio y el remordimiento lo aplastaban; recordaba a sus amigos, esos muchachos indolentes y altivos; Juan, Lalo, Manuel y otros. Cada tranco de la bestia, cada recodo del camino, le arrancaba un alarido a la boca del recuerdo.

Noches así, de cielo limpio, junto al jadear de una hembra encendida de deseo, fueron muchas, tantas, ¡tantísimas! El perfume de la reminiscencia le hizo aspirar a pulmón lleno.

Ya iba pasando ante las casas vecinas a la suya: esta era la de don Carlos; esa otra la de don Literio; aquella la de don Carmen; junto a cada portón, enterrado entre los zarzales estaban los calvarios, ruinosos algunos, otros recién hechos; pero en cada uno la lengua rojiza de las velas, lamía la sombra y agitaba las ramas secas y los papeles descoloridos de las coronas. En los patios de las casas se veían carretas descolgadas, útiles de labranza y uno o más perros durmiendo a lo largo. En casi todos los cercos se levantaba un montón de espigas dentro del anillo pardo de los tranqueros, un montón de oro reluciente, donde una ye-

guada ha de girar y girar hasta desmenuzar las espigas y quebrar todas las cañas frágiles; en otros estaba el filo, trillado, molido; no corría viento y, por lo tanto, sus dueños, dormían a más y mejor, quemándose las espaldas en la paja, mientras la noche se tira sobre ellos, fresca, húmeda, perfumada, llena de inquietudes, inquietudes que bailoteaban en todo su cuerpo, hasta en la yema de los dedos.

Ahí estaba su casa, casi perdida entre los árboles, con la techumbre medio cubierta de hiedras, agazapada bajo los nogales; dentro estarían sus padres, sus hermanos, dormirían o hablarían de algo; tal vez de él mismo y sus hazañas.

Si pudiera entrar y decirles: ¡Padres, hermanos, yo soy Miguelucho que vuelve y no se irá más, nunca más! Sería feliz; pero su sombra espantaba hasta las fieras; así lo comprendía él.

Y, ¿le entristecían estas chocherías? ¡No! Pero sin embargo lloraba. Las lágrimas, una a una, corrían por sus mejillas, y, en sus ojos inmensos se revolvía la pena.

La bestia se detuvo sobresaltada; levantó la cabeza y aventó las narices; él miró azoradamente a todos lados; le costaba convencerse; pero no había duda: estaba frente a la casa de Matilde. Dos lingues inmensos fijaban las hojas del portón; allí, a la izquierda, había una casucha de madera: «El Calvario» atestado de cruces de deudos y casi cubierto de zarzas.

Hasta él llegaba un murmullo confuso de voces, ri-

sas y gritos; de seguro estarían de fiesta... ¡Tal vez la trilla!

Se quedó pensando. Quería verla y se lo repetía a media voz. ¡Quiero verla! ¡Quiero verla! Su deseo se hacía una fuerza imperiosa; y para hacerlo desplegaría todas sus argucias de campesino; se la imaginaba más rozagante y hermosa, mucho más de lo que la veía en su imaginación. Se alejó dos o más cuerdas, hasta donde las cercas vivas abrían un ojo; por allí pasó a su «Retinto», lo maniató con todo cuidado y se alejó, afianzando la faja, el revólver y el puñal.

Ganando la sombra llegó hasta el huerto; saltó la cerca y de allí al centro. Todo estaba igual, exactamente igual; las eras de cebollas bordeadas por coles enormes, parecían las mismas, y el mismo, el olor penetrante del cilantro y el orégano, disipado por el aliento cálido de la albahaca. Llegó hasta el portón que surtía la casa; allí cerca se ocultó entre los rebrotes de los álamos; alcanzaba a ver parte del portón y los corredores. La luna caía de lleno sobre los hombres y las mujeres, que bebían y hablaban, llenos de alegría.

De las voces, podía reconocerse claramente las risas estrepitosas de Pedro, el tartamudeo de Juan, el vozarrón afónico de Manuel, la voz chillona e indefinible de las mujeres.

El rasgueo de las guitarras impuso el silencio y la voz cálida de una mujer empezó a cantar los versos ajados de un romance. La luna dibujaba toda su opulencia de carnes, le bañaba el rostro y el pecho. La

voz se había callado y él seguía escuchándola en éxtasis, como si la sintiera dentro de sí; sólo después de un rato levantó la cabeza; ya no oía nada fuera del lejano relinchar de la yeguada trilladora, el galopar de los potrillos en los rastrojales y el grito despavorido de los triles. Su alma estaba tensa.

• • •

El jolgorio de la trilla estaba en su punto. Ella había sido la que cantaba; suya era esa voz cálida y apasionada, la misma que él había escuchado siempre; e la era la que con sus manos regordetas arrancaba a los bordones el compás lánguido de su canto. Estaba más rozagante y más hembra; él no sabía qué hacer, ni qué decir; allí oculto, espiando, con los ojos vivaces, ni se dió cuenta cuando vió a Matilde a dos pasos de él. Saltó frente a ella, impidiéndole el paso; la mujer sorprendida, retrocedió, dejando el cántaro en el suelo, diciéndole al mismo tiempo: ¡Hágase un lao, ñor!

El se irguió lo más que pudo, se echó el sombrero atrás y un brochazo de luz le reveló las facciones finas. Sus ojos brillaban de un modo distinto, un brillo que corría a través de sus mejillas y a pesar de su sonrisa, tan suya como sus fechorías.

A duras penas pudo decirle:

—¿Me conocís, Matilde?

Ella llena de estupor le respondió: ¡Si me acuerdol... ¡Sos Miguelucho!

¡Miguelucho!, repitió él como un eco.

—¿Y a qué venís?

—¡A verte!

—Pero yo estoy casáa agora; tengo hombre y' hijos.

—¡Y qué importa? ¡Yo te lo perdono tóo!

—¡Qué hacele! ¡Yo creí que gos no golverías nunca!

—Pero...

—¡Cállate mejor!

Ambos clavaron la vista en el suelo; entre ella y él se abría un abismo invisible, donde se precipitaban esos veinte años; la pasión callada y triste, todo lo que pudo ser una realidad y había sido un sueño... La vida de un hombre y una mujer.

Estaban tan cerca el uno del otro, que la envolvía en su aliento, la llamaba por su nombre lo más bajo que podía: ¡Matilde! ¡Matilde! Se miraba en sus ojos gachones y profundos; sus brazos la ciñeron por la cintura; la besó con pasión una y más veces...

—Sí, vámonos ¡Vamonóos! ¡Vamonóos lejos!... ¡Bien lejos!...

—¡No pueo!

—¿Cómo, no querís? ¡Es tu deber! Y le apretaba los puños con fuerza.

—¡Vamos, deja al otro, déjalo! ¡Por Diosito, Matilde, por Diosito! ¡Mira que soy tan desgraciao!

Ella luchaba en vano; le pegaba en el tórax con los puños cerrados, forcejeaba, y por último le gritó: ¡Bandido! ¡Asesino!

Miguel se sintió vencido; sus brazos cayeron a lo largo del cuerpo, y escuchaba los gritos de ella que no se cansaba de vociferar: ¡Bandido! ¡Asesino!... ¡Bandidooo!...

Cada grito retumbaba en la noche y en el alma de Miguel como un dinamitazo.

Los convidados acudieron consternados, con los rostros cetrinos por la bebida.

—¡El bandido me mata! ¡El bandido Miguelucho!

El nombre del bandido corría de boca en boca, causándoles estupor a todos que, alelados, se agrupaban ante ellos, ante él, que con todas sus fuerzas les gritó como un loco: ¡Sí, yo soy Miguelucho! ¿Y qué hay con eso? ¿Quién m'echa? Soy yo mismo en persona. ¡El bandido Miguelucho!

Matilde huyó entre la muchedumbre y él corrió tras ella, con encono, como embisten las bestias. El puñal en alto, la boca entreabierta, los ojos llameantes. Matilde al verse acosada se volvió a él; tendiéndole los brazos y gritándole: ¡Nunca, renunca, Miguel!

No hubo más tiempo. El cuerpo rodó a los pies de Miguel, que saltó sobre él y se perdió entre las cañas del quilantar.

El cuerpo de Matilde, tendido a lo largo, se retorcía agonizante; el globo de los senos partidos como los de una fruta, le bañaban el cuello en una ola de sangre y leche...

¡La mató! ¡La mató! gritaban todos. ¡Está muerta!

El silencio se amasó lentamente; la noche no quiere nada fuera de su silencio y su sombra.

* * *

Miguel iba muy lejos, muy lejos, galopaba desde que creyó que nadie escuchaba el fragor de la huída.

El alba se abría como una flor inmensa. Estaba fuera de peligro. Se detuvo. Acarició el cuello del animal, que se estremecía de agitación..

Estaba rendido, y a pesar de eso respiraba libremente, en su alma había muerto una gran obsesión. ¡Ya quedaba muy poco que hacer en su vida simple!